

El pasaporte de la soledad

Parábola del salmón

ALONSO SÁNCHEZ BAUTE

Rey Naranjo, Bogotá, 2020, 212 pp.

HAY LIBROS con los que quisiéramos ahorrarnos muchas páginas, ir directo al grano y poder engolosinarnos con la esencia del relato. Hay ciudades con las que ocurre algo similar, como destino de viaje queremos vivirlas en lo sustancial, y si además de recorrerlas queremos contarlas, prescindir de lo accesorio e irrelevante es un imperativo. Ciudades y relatos, dos posibilidades para perdernos, pero también para encontrarnos, y eso lo sabe el autor que emprende la escritura de viajes. En el más reciente libro de Alonso Sánchez Baute, *Parábola del salmón*, podemos ubicar el siguiente fragmento como la síntesis del periplo que lo lleva a perderse, pero también a encontrarse, en cuatro ciudades, cruzando “la frontera entre ficción, crónica y memoria”, y sacando el mayor provecho narrativo a todos los viajes, a todos los desplazamientos:

Adoro viajar sin norte, sin brújula; adoro viajar siguiendo el impulso del camino, el vagabundeo; viajar acompañado solo de la curiosidad. Es ingenuo pensar que quien vuelve es el mismo que partió. Si así sucede, el viaje fue perdido, porque viajar es cambiar. Viajar para viajar, para sorprenderme con lo nuevo, con lo que nunca antes he visto, aunque lo haya visto mil veces en fotos o en la televisión. Caminar, andar, recorrer el mundo, trasegar la vida sin expectativas, dejándome llevar. Como al garete. Ese es el viaje. Lo demás es tan solo un recorrido obligado, una visita guiada. (p. 118)

Con una obra que va y viene entre el quehacer periodístico (columnas y crónicas para *El Heraldo*, *Semana.com* y *El Espectador*) y la narrativa de ficción (las novelas *Al diablo la maldita primavera*, *Libranos del bien y Leandro*), en la *Parábola del salmón*, Sánchez Baute ha puesto todo su potencial narrativo al servicio del viaje para componer cuatro relatos, aunque

bien podrían ser considerados los capítulos de una novela, los apartados de unas memorias, o las entradas del diario de un adicto (a la rumba, a la noche, a las pepas). Como en toda escritura testimonial, en el trasfondo de esta obra palpitan el azar y la fragmentariedad. Su germen hay que ubicarlo en el ya mencionado quehacer periodístico, y es que durante un tiempo el autor se dedicó a perfilar la noche bogotana, sus bares y vericuetos, para la columna “De rumba con Loncho”. Este ejercicio más adelante daría paso a un registro pormenorizado de sus recorridos por ciudades como Praga, Lisboa y Berlín, y este es el origen del proyecto de libro que, aunque se dilató por esa misma condición azarosa y cambiante de la noche como tema, también fue madurando y depurándose hasta que apareció un nuevo acicate para el autor: el suicidio del joven Sergio Urrego, en 2014, motivado por el matoneo del que era víctima debido a su condición sexual. Aparecen entonces la pregunta por la identidad, la evocación de una juventud reprimida y el encuentro con la soledad como ejes articuladores de los cuatro relatos que finalmente componen el libro en este primer tomo (vendrá un segundo), los correspondientes a los recorridos por Barcelona, Río de Janeiro, São Paulo y Buenos Aires.

Es por lo tanto un libro descarnado, sincero, que puede sacudir las conciencias pacatas e incomodar con su lenguaje directo, pero también conmover con su estilo y sutil belleza. En ese trasegar por la noche—la madrugada—de estas ciudades, con sus ángeles y demonios, se entretajan los recuerdos de una juventud en la que el escritor se valió de la escritura de la mejor manera como lo puede hacer un adolescente:

Escribir era lo que hacía para liberarme, pero, ante todo, lo hacía como un acto de resistencia. ¿Escribo, luego vivo? Era también lo único en lo que confiaba, y por eso estoy cargado de papeles de la adolescencia: cuadernos, libretas, hojas sueltas, post-it, pañuelos, servilletas. Cajas repletas con papeles en los que he documentado toda mi existencia. (p. 34)

Y en esa etapa de la vida, el primer atisbo de la soledad, que el autor define

como “esa mariposa negra que se mete en el alma y una vez allí es imposible de espantar”.

Aunque se trata de grandes ciudades que a lo largo del año son manoseadas por hordas de turistas, la mirada de Sánchez Baute, en apariencia desprevenida, logra redimensionar los lugares comunes y configurar una postal que no es la habitual y complaciente del viaje con agencia de turismo. En Río de Janeiro apunta:

En el mar, a lo lejos, se perfilaban algunos surfistas que se balanceaban sobre las olas que iban y venían con su sabio titubeo. El oleaje se oía con la musicalidad de un poema mientras la luz menguaba lentamente. No había nubes. Y pensé: “El paraíso es hacer nada”. Si el ocio es la madre de todos los vicios, Río es la abuela. Y como toda abuela, es alcahueta y sabe sacar provecho de la holgazanería. (p. 75)

Y sobre la inefable capital argentina, la mirada del desencanto:

Buenos Aires, ¿qué hago aquí? ¿Qué busco en ti? Ahora que la crisis te ha bajado del podio y el cacerolazo y la caída del dólar desde hace tres años te han hecho perder caché y eres la ciudad de moda por tus precios bajos, ¿he venido solo para decir que he venido? Los edificios parecían sudar nostalgia. Y había nostalgia también en aquel silencio y en aquella extenuante soledad. ¿Cómo puedes llamarte Buenos Aires si el aire que respiras está cargado de tristeza y melancolía? ¿Cómo, si en las miradas de la gente hay desesperanza y sus labios pocas veces sonríen? (p. 159)

Y en ese “trasegar la vida sin expectativas”, la presencia irremediable de la tentación, el deseo, los enamoramientos que aceitan el frenesí de la noche sin dejar de ser efímeros como los besos furtivos al calor de la fiesta:

Su boca era muy caliente. Como meter la mano en una chimenea encendida, pero sin tocar el fuego. Bajo el efecto del éxtasis los besos saben diferente. De hecho, tienen sabor... y huelen. La lengua propia y la ajena, si el otro también está en éxtasis como era este el caso, pierden saliva, se resecan, de modo que

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>cuando la lengua acaricia los labios, se sienten suaves, cual algodones, pero carnosos. Dan ganas de morderlos fuertemente, sin maltratarlos. (p. 129)</p> <p>Y a pesar del disfrute de la carne y el consuelo de la soledad, la conciencia de que “todo viene, todo se va; todo es prestado, todo es pasajero. Incluso el amor”.</p> <p>Se deja mucho en los viajes y en los relatos de estos, al leer y al escribir vamos dejando un poco de nosotros en cada palabra, en cada frase. Así se percibe al cerrar la <i>Parábola del salmón</i>. De eso trata también la literatura, de alivianar nuestro equipaje para poder ir por la vida solo con lo necesario, y nadar a contracorriente cuando sea preciso.</p> <p style="text-align: right;">Juan Felipe Gómez</p>		